

no, sino grave y profunda. La catedral es una pequeña y fina iglesia gótica. Las esculturas admirables. Algo excepcional: las vidrieras, es una colección del XII y del XIII maravillosas.», 248, 49.

La lectura de estas cartas es una introducción preciosa para entender al poeta y penetrar en su mundo.

Joaquín Casaldueiro

Agonía del «Agonista»

Con independencia del dolor generalizado, la sangre y la muerte, toda guerra es maniqueísta desde la conceptualización individual de cada bando y, si es guerra civil (sin perjuicio de que todas las guerras sean civiles), la distribución de buenos y malos alcanza caracteres de absoluta insensatez y fanatismo, por lo que interesa constatar ahora que no siempre la pertenencia a una u otra bandería posee las connotaciones elementales y groseras que el impacto de la escisión fratricida ejerce sobre los elementos en juego (más bien sobre el aquelarre) y que con relativa frecuencia la voluntariedad ideológica íntima de las adscripciones no es absolutamente significativa respecto a la posición oficial que, al menos en los primeros momentos de turbiedad e inocencia, trasciende de determinados grupos e individuos, cuyas convicciones a veces no ofrecen la menor duda y son coherentes con su actitud y otras veces requieren el despliegue de toda clase de consideraciones y ahondamientos.

Tal es el caso de don Miguel de Unamuno y su apoyo inicial a lo que más tarde se convertiría (el reconocimiento de su verdadera naturaleza no pudo ser inmediato) en un devastador alzamiento armado contra la legitimidad del gobierno republicano español para desembocar en la guerra civil de la que aún colea los actos conmemorativos del cincuenta aniversario de su iniciación y en la consiguiente y larga dictadura que instauró.

Y este ajuste profundo de posiciones es la primera virtud del estudio dedicado por Luciano González Egido a las circunstancias personales y políticas —luego filosóficas, humanistas y necrológicas— en las que se desarrolló Unamuno en su amada Salamanca

de adopción durante los meses dramáticos y cruciales que siguieron al desdichado pronunciamiento militar: *Agonizar en Salamanca*¹.

Se valora aquí el esfuerzo del autor por congregiar los aspectos tanto biográficos, anecdóticos y cotidianos como intelectuales y de cuerpo de doctrina, y el marco social urbano salmantino, que definen emotivamente el último semestre de vida de Unamuno (la acotación cronológica no restringe la amplitud analítica) asaltado por la triple conmoción interaccionada de la vejez, la guerra civil y una consecuente y profunda crisis política y cultural, a la que sólo pone fin la muerte súbita por causas naturales (se quiere decir sin que lo llevaran al paredón de fusilamiento) el día 31 de diciembre de 1936, con setenta y dos años y durante la charla tensa con un visitante amigo de su casa de la calle Bordadores, 4, tarde helada, en la que el viejo rector vitalicio (depuesto) de la Universidad de Salamanca inclinó la cabeza sobre el pecho, junto al brasero de la mesa camilla, y murió tras proferir una de sus frases esenciales sobre Dios y España, relativa a una especie de cataclismo regeneracionista que la fe religiosa tenía que operar: Dios no podía abandonar a España, que se salvaría porque tenía que salvarse.

Conviene observar las razones por las que el trabajo de González Egido puede considerarse ambicioso y logrado en su mayor parte, y éstas se refieren a la armoniosa articulación de las diversas disciplinas o géneros literarios —biografía, historia, crítica— que intervienen en el plan general y que se traducen por el impacto político de la guerra (presto manchado de sangre, encarcelamientos, ejecuciones sumarias), el ineludible compromiso de Unamuno y el trasfondo de su filosofía, todo ello en el marco de una Salamanca monumental, renacentista, académica, ascéticamente hogareña, provinciana, y símbolo de la castellanía y de la unidad nacional (fracturada), una Salamanca repentinamente entretejida de microcosmos y graves confluencias.

La disposición de los materiales no está exenta de talento narrativo, es decir, que a la teórica de las ideas unamunianas se mezcla con acierto y deliberadamente la expectativa dramática natural de los hechos, y el conjunto ofrece grandes posibilidades emocionales y didácticas al que apenas perjudica un cierto agobio y reiteración en el entrelazamiento de las oraciones.

Podemos recapitular abruptamente el hilo biográfico y doctrinario. El autor de *La agonía del cristianismo*, que siempre creyó, por cierto, en la necesidad de la guerra civil, pero de una guerra civil sin armas, naturalmente, una guerra civil de ideas y confrontación de pensamiento y tensiones humanísticas, estaba desencantado de la República y en contra de su orientación popular (devenida en populachera), así como de la amenaza de una revolución marxista en el seno de la sociedad española, de la masificación y el peligro de despoblar las propiedades del individualismo y la intimidad conflictuada del yo. Aceptó la rebelión militar en la creencia (luego ingenua) de que no trataba de abatir la República, sino de rectificar su trayectoria para defender y salvar «la civilización occidental, la civilización cristiana». Estos conceptos, de uso estragante en la verbosidad propagandística de los rebeldes, fueron en realidad tomados y tergiversados del propio vocabulario unamuniano. El ideal regenerativo le hizo formar parte como con-

¹ Luciano González Egido: *Agonizar en Salamanca. Unamuno (julio-diciembre 1936)*. Alianza Editorial. Madrid. 1986, 276 pp.

cejal del nuevo Ayuntamiento, hasta que la sublevación fue mostrando su verdadera faz involutiva, de asesinatos y odio, pero ya Unamuno sufre la acusación de fascista. A los ojos de los intelectuales fieles al Gobierno legítimo se ha convertido en un enemigo de la cultura liberal. No obstante, había recibido con alborozo la instauración republicana, mas luego se dejó amilanar por el sesgo marxista: «En muy poco tiempo —argumentó el rector de la Universidad de Salamanca— el marxismo dividió a los ciudadanos. Conozco la lucha de clases. Es el reino del odio y la envidia desencadenados. Conocimos un período de pillaje y crimen. Nuestra civilización iba a ser destruída». He aquí algunas de sus razones para justificar la adhesión al alzamiento, que poco a poco, en medio de la crisis, se trocarían en un «No me abochorna confesar que me he equivocado».

La conciencia de culpa no le dejaba vivir, y había que sumar lógicamente el miedo a la violencia que le rodeaba. González Egido matiza mucho y bien la evolución de Unamuno y se escinde, agónicamente él mismo, contagiado del maestro, entre la comprensión de su actitud alimentada por ideas personales sublimadas y el reconocimiento pesaroso de la gran responsabilidad en la que incurrió: «Era la cultura de un individualismo erizado y agónico en perpetua y vigilante reacción, retroalimentándose de sus deficiencias», escribe Egido.

El Gobierno republicano de Madrid destituyó a Unamuno de todos sus cargos, en los que fue repuesto por una creada Junta de Defensa Nacional (cargos de rector vitalicio de la Universidad y titular de la cátedra de su nombre). Dentro del caos político y social, su lenguaje hecho de religiosismos y absolutos sufrió gran distorsionamiento. Ya en septiembre, no sólo arrepentido de la famosa adhesión, experimentó el deseo de reaccionar «contra lo que estaba viendo en la Salamanca militarizada y ahogada de sangre y de miedo». Sin embargo, como rector, no le fue ahorrado el triste compromiso de presidir la Comisión Deputadora de responsabilidades políticas en el distrito universitario de Salamanca.

Accedemos al «episodio Millán Astray», que Egido describe minuciosamente mezclando con tino los datos del hecho histórico y el recurso legítimo casi del suspense narrativo, repentinamente relajado de sus tensiones interpretativas ante la prueba de honestidad suma y de valor que va a dar solemnemente don Miguel en el claustro y que autoriza toda clase de reconciliaciones ideológicas. Allí Unamuno recuperó su personalidad resonante, la que le distinguió siempre, sincero consigo mismo, combativo, incluso impertinente, pisando firme en el terreno de la controversia y ajeno al cuidado de su seguridad personal, como pone de relieve González Egido fascinado por la exultación del momento.

Fue con motivo de la conmemoración del día de la raza y del descubrimiento de América, el 12 de octubre, en que a Unamuno se le encomendó representar al general Franco y, por tanto, la presidencia del acto solemne en el paraninfo de la Universidad, con asistencia de las autoridades militares, eclesiásticas y académicas, la presencia de la esposa de Franco, Carmen Polo, y del general Millán Astray, el famoso mutilado de guerra y fundador de la Legión Extranjera, oportunidad excelsa para dar rienda suelta a los valores espirituales del alzamiento en armas. Tras los discursos de exaltación patriótica y la pompa retórica de las grandes cuestiones disfrazadas (Ramos Loscertales, Maldona-

do, Pemán), Unamuno, como broche, habló «pálido de sinceridad y valentía», con su voz aguda, «derecho al peligro, a lo esencial, suicidamente hermoso» (se cita la fuente de Emilio Salcedo y su *Vida de don Miguel*), y pronunció un breve discurso que bien vale la pena citar una vez más: «Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces quedarse callado equivale a mentir; porque el silencio puede interpretarse como aquiescencia. Había dicho que no quería hablar, porque me conozco; pero se me ha tirado de la lengua y debo hacerlo. Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo he hecho otras veces. Pero no, la nuestra es sólo una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer y hay que convencer sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; el odio a la inteligencia, que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición. Quiero hacer algunos comentarios al discurso, por llamarlo de algún modo, del profesor Maldonado. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes, llamándoles la anti-España; pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo que, lo quiera o no lo quiera, es catalán, nacido en Barcelona, para enseñarnos la doctrina cristiana, que no queréis conocer, y yo, que como sabéis nací en Bilbao, soy vasco y llevo toda mi vida enseñandoos la lengua española, que no sabéis. Eso sí es Imperio, el de la lengua española, y no...». No pude continuar, Millán Astray saltó y se produjo la disputa violenta de todos conocida y los gritos a voz en cuello del «mueran los intelectuales» y «viva la muerte» proferidos por el general, a los que respondió el viejo rector que estaba en el templo de la inteligencia y que tales palabras profanaban el sagrado recinto. Fue un escándalo en el que Unamuno se jugó algo más que el prestigio o el afán de sinceridad. Se jugó sencillamente la vida. Perdió otra vez sus cargos y empezó a vivir un profundo exilio interior, vigilado en lo material por un policía a la puerta de su casa, encargado de seguirlo a todas partes.

Lucha contra la muerte en vida y la múltiple agonía de la vejez, la soledad, la marginación y el fracaso de sus ideas puesto de relieve por el suicidio moral de España.

En la última parte de esta obra, González Egido, mientras evoca la Salamanca gélida de diciembre y los cálidos y desolados versos del maestro, a la espera de morir, traza una biografía intelectual, desde su Bilbao natal al concepto idealista de Castilla, inspirado tanto en las encinas de las llanuras como en los textos religiosos de la literatura española del siglo XVI. Para Unamuno, Castilla se convirtió en España, y España en el Todo. Como señaló Elías Díaz, Unamuno se identificó con España y su ser agónico y contradictorio. «Don Miguel siempre creyó ser España» (Max Aub). Su temprano libro *En torno al casticismo*, 1895 es elocuente y definitivo respecto a la noción de la España castellanizada y unitaria que albergaba. Entiende González Egido que «cuerpo, historia, lengua, sueño y paisaje, aquella realidad, que llamaba España, no era más que la metaforización de sí mismo», una España y, por consiguiente, un sí mismo que habían saltado hechos pedazos en aquellos cruciales momentos. Identificó la verdad con Dios, entendiendo por verdad «lo que cada uno cree ser tal en el sentido moral» y dijo que a la razón tenía que bastarle la imposibilidad de no poder probar la existencia de Dios.

Los problemas anímicos e intelectuales de Unamuno, en esos pocos meses de agonía